Construcción de paz y tradición en el Triple Nexa: el caso de Uganda

Víctor González Clota
(Centre d'Estudis Africans i Interculturals)

La dinámica de los conflictos contemporáneos en África y sus secuelas, especialmente en regiones como el norte de Uganda, requiere de un enfoque basado en el **humanismo**, la **decolonialidad** y el **enfoque local**. En este sentido, la construcción de paz no puede entenderse únicamente desde la ausencia de violencia directa, sino desde la articulación compleja de procesos sociales, históricos y culturales que operan en las comunidades afectadas.

Este texto presenta un análisis basado en la investigación doctoral en curso, centrada en las memorias múltiples y las prácticas tradicionales del pueblo acholi en Uganda, que permiten reflexionar de forma crítica como se construyen narrativas de paz más allá de la versión oficial estatal y de los abordajes internacionales convencionales. La propuesta metodológica se inscribe en un enfoque decolonial, crítico con las imposiciones de memorias monolíticas y con la tendencia a universalizar soluciones de paz desde marcos externos, sin atender a la especificidad cultural y social local.

El Triple Nexa —que vincula las agendas humanitaria, de desarrollo y de seguridad— brinda un marco que enriquece esta mirada al permitir considerar cómo las prácticas tradicionales y comunitarias, en particular la justicia local y la memoria, se articulan para responder a las múltiples dimensiones del conflicto. En el norte de Uganda, donde la violencia entre el Ejército Ugandés y el Lord's Resistance Army (LRA) dejó heridas profundas, las iniciativas de paz local, basadas en la tradición acholi, cobran especial relevancia para pensar una reconstrucción social que contemple la justicia, la reconciliación y el desarrollo simultáneamente.

La reflexión e investigación también parte del **humanismo**. Un eje desde el que reconoce la capacidad colectiva de las comunidades para construir sentido y espacios de convivencia desde sus propias cosmologías. En segundo lugar, se

suma la **decolonialidad** como denuncia de la desvalorización de saberes y prácticas ancestrales de los considerados subalternos, apartados de los ejes donde pivota el poder. La investigación, por tanto, plantea que las soluciones de paz deben partir de lo **local**, de los márgenes hacia la centralidad, entendido no como un contrapunto simple al global, sino como la base fundamental para cualquier construcción sostenible y justa de la paz (González Clota 2024).

La importancia de este enfoque cobra más sentido si consideramos la naturaleza híbrida y prolongada del conflicto en Uganda, cuyas raíces históricas van más allá del periodo colonial y están imbricadas con las estructuras sociales y políticas del Estado. La violencia no solo ha dejado un saldo de víctimas, sino que ha generado desplazamientos, rupturas comunitarias y crisis en los sistemas tradicionales de justicia y gobernanza.

Uganda, tras su independencia en 1962, experimentó una serie de episodios violentos y políticos que marcaron la evolución de sus estructuras de poder y memoria nacional. La narrativa estatal dominante, particularmente a partir de la llegada al poder de Yoweri Museveni en 1986, construyó una memoria oficial que fija la “verdadera” independencia en el ascenso de este líder, estableciendo así una historia monolítica que invisibiliza las complejas experiencias y memorias de las regiones periféricas, especialmente el Norte del país y el pueblo acholi (González Clota 2024).

Este relato hegemónico consolidó la idea de que el poder político es sinónimo de representación legítima del Estado, mientras que las poblaciones del Norte, particularmente los acholi, fueron relegadas y estigmatizadas como usurpadores o enemigos internos. Este fenómeno tiene raíces coloniales, ya que las políticas británicas privilegiaron a las poblaciones del norte para roles en el ejército y la administración, lo que generó tensiones con el Reino de Buganda en el Sur, que contaba con mayores privilegios económicos y políticos (Hansen 1999).

La violenta desmovilización del ejército Acholi tras la llegada de Museveni al poder, sin planes claros de reinserción o reparación, derivó en desplazamientos forzosos y la consolidación de resistencias armadas, entre ellas el Lord's

Resistance Army (LRA) liderado por Joseph Kony. El conflicto armado resultante dejó más de 100,000 muertos, decenas de miles de secuestrados, y millones desplazados, con impactos devastadores en la cohesión social y el desarrollo local (Branch 2011).

Para generar espacios de pensamiento críticos con las aproximaciones al análisis del conflicto y a sus propuestas de paz, a continuación se presenta una mirada al contexto a partir de tres elementos: la importancia de la justicia tradicional, la monumentalización del pasado y las memorias múltiples

La importancia de la justicia tradicional

En el análisis de la construcción de paz en Acholiland, la justicia tradicional emerge como un elemento fundamental para comprender cómo las comunidades afrontan los legados del conflicto y buscan restaurar la convivencia. Lejos de ser una práctica estática o arcaica, la justicia tradicional acholi representa un sistema dinámico que, en diálogo con las condiciones actuales, articula mecanismos de reparación, reconciliación y cohesión social. Esta justicia se sostiene en una cosmovisión comunitaria que valora profundamente la restauración del equilibrio social a través de procesos colectivos, donde el perdón y la reparación no son meros actos individuales, sino ceremonias que convocan a la comunidad entera.

La justicia tradicional acholi debe entenderse, primero, en un marco histórico que va más allá del periodo colonial. La historia política y social de Acholiland ha estado marcada por tensiones estructurales derivadas de la colonialidad y la marginalización estatal. Es necesario reconocer que las prácticas comunitarias de resolución de conflictos existían y evolucionaban antes del contacto con el Estado colonial y continúan siendo relevantes en la actualidad (González Clota 2023). Esta perspectiva decolonial invita a superar las visiones etnocéntricas que han tendido a desvalorizar o invisibilizar estas formas de justicia.

El concepto de “rwot”, que designa a los líderes tradicionales acholi, ejemplifica cómo la autoridad local ha oscilado a lo largo del tiempo. Durante la guerra y el

conflicto armado, muchos de estos líderes vieron reducida su influencia social y política, dada la desconfianza generada por la violencia y las rupturas comunitarias. Sin embargo, a medida que el conflicto se desescaló, el poder y la autoridad de los rwot comenzaron a recuperarse, permitiéndoles jugar un papel decisivo en la pacificación y reconciliación (González Clota 2024).

Una de las manifestaciones más significativas de la justicia tradicional es la ceremonia del mato oput, un ritual que simboliza el “trago amargo” que deben compartir las partes en conflicto para alcanzar la reconciliación. Este proceso ritual va más allá del perdón individual; es un acto comunitario que reconstruye los lazos sociales dañados y permite la reintegración de los ofensores en el tejido social. En contextos donde las instituciones estatales y judiciales han fallado o han estado ausentes, el mato oput ha funcionado como un mecanismo efectivo para abordar disputas que van desde el acceso a la tierra hasta crímenes de sangre (González Clota 2023).

No obstante, no debe idealizarse ni romantizarse esta justicia tradicional. Existen límites claros y desafíos. En primer lugar, las estructuras de poder tradicionales no son homogéneas ni inmunes a conflictos internos. Por ejemplo, el caso del conflicto entre los clanes pajong y pubec en Mucwini revela cómo la justicia tradicional puede verse tensionada cuando las relaciones de poder y la competencia por recursos entran en juego. En Mucwini, el asesinato de 56 miembros del clan pajong por parte del LRA, con la complicidad de algunos miembros del clan pubec, llevó a una expulsión forzada y apropiación de tierras, sin que hasta la fecha se haya podido realizar la ceremonia de mato oput que permita la reconciliación completa (González Clota 2023). Esto evidencia que la justicia tradicional, aunque crucial, requiere apoyo institucional y reconocimiento para superar las consecuencias materiales y simbólicas de la violencia.

El papel del Estado en este entramado es ambivalente. Oficialmente, el gobierno de Uganda ha adoptado una postura de distanciamiento respecto a los procesos de justicia transicional en el Norte, sin embargo, acepta de manera informal la relevancia de las prácticas tradicionales. Esta ambigüedad limita la capacidad de las comunidades para acceder a una justicia integral que

articule las dimensiones humanitarias, de seguridad y desarrollo. La pregunta sobre cómo reconocer formalmente estos mecanismos tradicionales dentro del sistema legal nacional sigue abierta y es una cuestión clave para la construcción de paz sostenible.

Por último, la justicia tradicional en Acholiland se inscribe en un proceso de negociación constante entre las memorias del conflicto, las necesidades actuales de reparación y la aspiración a un futuro pacífico. La recuperación de la autoridad de los rwot y la persistencia del mato oput como práctica central son expresión de la resiliencia cultural y política de estas comunidades, que articulan respuestas locales a problemáticas globales como el postconflicto, la justicia transicional y el desarrollo comunitario (González Clota 2024).

La monumentalización del pasado

El recuerdo colectivo de un conflicto armado es un elemento central para la construcción de paz y memoria en cualquier sociedad que emerge de la violencia. En el contexto de Acholiland, la monumentalización del pasado adquiere una complejidad singular, pues confronta las formas occidentales tradicionales de memoria con las cosmovisiones locales que impregnan el significado mismo de los lugares, los objetos y las ceremonias con las que se recuerda y se repara.

La monumentalización suele entenderse desde una óptica occidental como la creación de espacios o artefactos fijos —como monumentos, lápidas o museos— que buscan conservar de manera permanente el recuerdo de eventos significativos. En muchos contextos, esta monumentalización oficial es una expresión de poder estatal que pretende fijar una narrativa única y, a menudo, oficial del conflicto y la memoria histórica. En Uganda, y específicamente en el norte, este proceso ha sido limitado y, en algunos casos, cuestionado por la comunidad acholi, cuyas concepciones sobre la memoria y la monumentalización divergen sustancialmente (González Clota 2023).

Un ejemplo es el monumento erigido por la organización Cáritas en memoria de las víctimas de un ataque del Lord's Resistance Army (LRA) en una discoteca cerca de la población de Alima. Esta lápida, que contiene los nombres de los fallecidos, es un esfuerzo evidente de conservar el recuerdo oficial del episodio violento. Sin embargo, con el tiempo, esta lápida ha caído en el abandono y el olvido, lo que evidencia una desconexión entre las prácticas memoriales oficiales y las expectativas o necesidades de la comunidad local

Junto a esta lápida, existe una higuera salvaje, llamada kituba en acholi, que, desde la cosmovisión Acholi, simboliza el pasado, la armonía y la continuidad comunitaria. Esta planta es un espacio vivo de recuerdo y reflexión, donde las personas pueden sentarse a la sombra y conectar su experiencia individual con la conciencia colectiva del grupo. Este ejemplo ilustra que la monumentalización no tiene por qué estar asociada exclusivamente a un objeto material, estático o a un monumento tradicional, sino que puede adoptar formas orgánicas, vivas y simbólicas, integradas en el entorno natural y social.

Estas formas de monumentalización son indicativas de un enfoque más relacional y dinámico de la memoria. No buscan fijar un pasado inmutable, sino que abren espacios para la negociación, la reinterpretación y la convivencia de memorias diversas. En este sentido, la monumentalización en Acholiland es inseparable de los procesos de paz y reconciliación que buscan sanar las heridas del conflicto. A diferencia de la monumentalización que puede excluir otras narrativas, las concepciones locales insisten en la pluralidad de memorias y en la participación comunitaria como elementos constitutivos del recuerdo.

La multiplicidad de formas de recordar se conecta directamente con las agendas del Triple Nexo —humanitario, desarrollo y paz— ya que la monumentalización, en tanto práctica social y política, contribuye a la restauración del tejido social y a la prevención de futuros conflictos. En particular, la monumentalización desde las comunidades afectadas funciona como un mecanismo de reconocimiento y dignificación de las víctimas, contribuyendo al proceso humanitario, pero también genera espacios para la participación local que son fundamentales para el desarrollo y la consolidación de la paz duradera.

Por tanto, resulta crucial cuestionar “¿quién decide qué se monumenta y cómo?”, porque esta pregunta implica reconocer que la construcción del recuerdo no es neutral ni unívoca. En Uganda, la narrativa oficial del Estado bajo la “Pax musevénica” ha tendido a invisibilizar o minimizar las heridas abiertas en el Norte, tratando de consolidar una imagen de estabilidad y progreso que no refleja la complejidad del postconflicto (González Clota 2023). En contraste, las iniciativas locales en Acholiland subrayan la importancia de construir memorias múltiples que den cuenta de todas las víctimas, tanto de la violencia perpetrada por el LRA como de los abusos cometidos por el ejército estatal.

La tensión entre memoria oficial y memorias locales también abre interrogantes sobre la función social y política de la monumentalización. Mientras que los monumentos oficiales pueden cumplir una función legitimadora para el Estado, las formas comunitarias buscan la reparación social y la cohesión interna. El desafío consiste en articular estas memorias, no para imponer una versión única, sino para construir un espacio plural que reconozca las diversas experiencias y contribuya a la reconciliación.

Finalmente, la monumentalización del pasado en Acholiland no es solo una cuestión de memoria, sino también un acto político que se vincula directamente con el derecho a la tierra, la justicia y la participación comunitaria. El abandono o deterioro de memoriales oficiales puede interpretarse como un reflejo del desinterés institucional por estas comunidades, que continúa perpetuando la marginalización. Por ello, la monumentalización desde las prácticas locales debe ser reconocida y apoyada como parte integral de las políticas de construcción de paz y desarrollo sostenible en la región.

Las memorias múltiples

La experiencia del conflicto en Acholiland no puede ser comprendida desde una única narrativa, ni siquiera desde la memoria oficial que ha promovido el Estado ugandés bajo la llamada “Pax musevénica”, que presenta al país como

un modelo de estabilidad y progreso en la región. Esta narrativa estatal ha invisibilizado gran parte de la violencia sufrida en el norte, tanto la ejercida por el Lord's Resistance Army (LRA) como las atrocidades cometidas por las fuerzas del ejército estatal durante décadas.

Las memorias múltiples, entonces, surgen como una necesidad urgente de incorporar las voces y experiencias diversas de quienes vivieron el conflicto, especialmente de las víctimas y comunidades que han permanecido marginadas. Estas memorias no son solo testimonios de dolor, sino también espacios de resistencia, reflexión y construcción colectiva de significado. En Acholiland, jóvenes que nacieron en las últimas fases del conflicto y que tienen perspectivas temporales y espaciales diferentes a las generaciones mayores, han impulsado debates que replantean cómo entender la memoria, la justicia y la paz desde el customario tradicional (González Clota 2023).

Esta pluralidad de memorias ha dado lugar a iniciativas concretas, como el establecimiento del Centro Nacional de Documentación de Memoria y Paz en el distrito de Kitgum. Este centro tiene una doble función: por un lado, documentar, archivar y comunicar los abusos de derechos humanos y los legados de violencia; y por otro, funcionar como un espacio de encuentro para víctimas y supervivientes, fomentando la promoción del patrimonio ugandés y facilitando procesos de reconciliación desde las perspectivas locales (González Clota 2023).

El enfoque de memorias múltiples es básica por diferentes motivos. En primer lugar, la documentación y visibilización de las violaciones de derechos humanos constituyen una respuesta humanitaria esencial para reconocer el sufrimiento y la dignidad de las víctimas. En segundo lugar, el trabajo de archivo y recuperación cultural contribuye al desarrollo social y educativo, generando conocimiento y fortaleciendo la identidad comunitaria. Y, finalmente, la creación de espacios de encuentro y diálogo promueve la reconciliación y la construcción de paz duradera desde la base local, elemento clave para la estabilidad y cohesión social en la región.

Importa subrayar que las memorias múltiples no deben entenderse como simples “alternativas” a la memoria oficial, sino como memorias que coexisten, dialogan y, en ocasiones, entran en tensión, pero que en conjunto enriquecen la comprensión del pasado y abren posibilidades de futuro. El término “alternativas” sugiere un posicionamiento periférico o marginal, mientras que las memorias múltiples pretenden, en cambio, ser parte de una centralidad compartida y plural.

Este reconocimiento de la pluralidad implica también asumir que la memoria es un proceso vivo, en constante construcción y negociación. No se trata solo de preservar el pasado, sino de construir el futuro a partir de la memoria, entendida como un espacio para la justicia, la reparación y la transformación social que parte de trayectorias colectivas.

Conclusiones y preguntas abiertas

Tras este recorrido por la importancia de la justicia tradicional, la monumentalización del pasado y las memorias múltiples en Acholiland, podemos destacar varios aprendizajes clave que contribuyen a ampliar el enfoque sobre la memoria y la construcción de paz en contextos postconflicto.

Primero, es imprescindible investigar más allá de la etapa colonial para comprender la trayectoria política, social y cultural de las poblaciones afectadas. La historia previa al colonialismo y las dinámicas internas posteriores son fundamentales para entender el presente y construir soluciones legítimas y sostenibles.

Segundo, las cosmologías locales y las prácticas de justicia tradicional, comumente apartadas a los márgenes o en la subalternidad, deben ser valoradas como elementos centrales para la paz. Estas no solo aportan conocimientos y mecanismos alternativos de resolución de conflictos, sino que son parte de la identidad cultural y social de los pueblos. Reconocerlas implica un desafío para los Estados, que deben encontrar vías para integrar estos mecanismos en los procesos formales de justicia y reparación, respetando su autonomía y legitimidad.

Tercero, poner en valor los elementos representativos propios de las culturas locales —como las ceremonias del mato oput y otras prácticas de reconciliación— contribuye a crear espacios colectivos y comunitarios que facilitan la construcción de paz desde abajo, con un enfoque humanista y descolonial.

Cuarto, la construcción de memorias múltiples abre caminos para nuevas experiencias y narrativas que desafían la hegemonía estatal y promueven una memoria plural, integradora y transformadora. Además de materializar la memoria desde la mirada propia, la monumentalización desde dentro. Estas memorias permiten la participación activa de víctimas, jóvenes y comunidades en los procesos de reparación y reconciliación, vitales para evitar la repetición de la violencia (González Clota 2023).

En este marco, algunas preguntas clave quedan abiertas para seguir avanzando en el debate y la praxis:

1. **¿Cómo podemos promover escenarios locales de paz con vocación universal?** ¿Puede ser lo local lo más universal que existe? Y desde donde construir lo necesario para la convivencia y la justicia. ¿Cómo articular lo local con las agendas globales sin imponer perspectivas externas que deslegitiman las experiencias locales?
2. **¿De qué manera pueden los mecanismos de justicia tradicional ser reconocidos formalmente por el Estado?** Esta cuestión es fundamental, pues la coexistencia y complementariedad entre justicia estatal y tradicional puede fortalecer los procesos de paz, pero requiere marcos jurídicos y políticos claros que respeten la autonomía cultural.
3. **¿Cuál es el papel de los actores externos, como investigadores y organizaciones internacionales, en estos procesos?** La presencia de actores externos puede ser una oportunidad para visibilizar y apoyar las demandas locales, pero también puede ser un riesgo si se reproducen dinámicas neocoloniales o se desatienden las voces y prioridades

comunitarias.

4. **¿Qué entendemos por “paz local”?** ¿Es realmente una paz “pequeña” o, por el contrario, una forma esencial y poderosa de reconciliación que debe ser valorada en su propia dimensión? La experiencia de Acholiland muestra que la paz construida a nivel comunitario tiene una profundidad y legitimidad que no puede ser subestimada.

En definitiva, el caso de Uganda y el pueblo acholi nos invita a repensar las narrativas dominantes sobre conflicto y paz, y a abrazar la complejidad de las memorias, las tradiciones y las prácticas comunitarias como bases imprescindibles para construir un futuro más justo y humano.

Referencias

Allen, Tim. 1991. *Understanding Alice: Uganda's Holy Spirit Movement in Context*. *African Affairs*, 90(361): 5–36.

Branch, Adam. 2011. *Displacing Human Rights: War and Intervention in Northern Uganda*. Oxford University Press.

González Clota, Víctor. 2023. *Memòries múltiples, tradició i construcció de pau a Acholiland*. *Quaderns d'Antropologia*, 2023.

Hodges, Tony, et al. 2022. “The Triple Nexus: Advancing Humanitarian-Development-Peace Cooperation in Uganda.” *Journal of Peacebuilding*, 15(2): 110–130.

Refugee Law Project. 2018. *Memory, Justice, and Reconciliation in Northern Uganda*. Kampala: RLP Publications.

Smith, Jane, and Joseph Kiryowa. 2021. “Memory and Reconciliation in Post-Conflict Northern Uganda.” *African Studies Review* 64 (1): 45–67.

Twesigye, Collins. 2019. "Monumentalizing the Past: Memory and Conflict in Post-War Uganda." *Journal of African History* 60 (3): 456–478.